



DON CARLOS DE BORBÓN

colorchecker CLASSIC

x-rite

mm

DIV

PATRIA

REVISTA

BIBLIOTECA POPULAR CARLISTA

TOMO I

Julio—1895

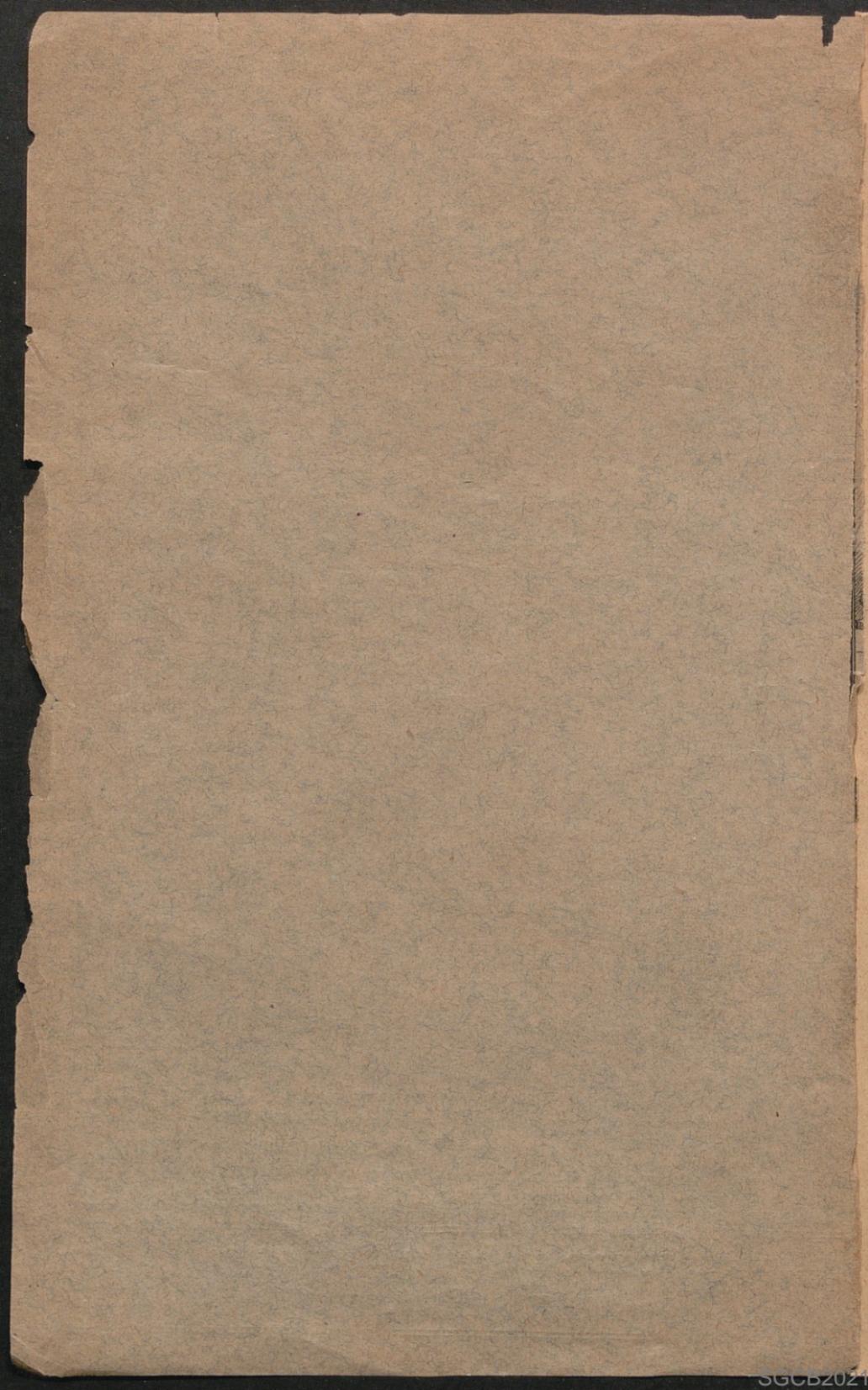
Publicacion mensual de propaganda

DIRECCION: Claris, 123. — BARCELONA

PRECIO: 50 CENTIMOS

Castro, 200.

PANICSA



BIBLIOTECA POPULAR CARLISTA

PUBLICACIÓN MENSUAL DE PROPAGANDA

redactada por los señores

- EXCMO. MARQUÉS DE CERRALBO.—D. LUIS M.^a DE LLAUDER
D. JOAQUÍN ARANDA.—D. J. JOAQUÍN DE AMPUERO
D. BENIGNO BOLAÑOS.—D. ANTONIO BREA.—D. ELICIO DE BERRIO
D. GUSTAVO DE COBREROS
D. JOSÉ DOMINGO CORBATÓ.—EL ERMITAÑO
D. E. DE ECHAVE-SUSTAETA Y PEDROSA.—D. BARTOLOMÉ
FELIÚ Y PEREZ.—D. LEONCIO DE GRANDA
D. LEANDRO HERRERO.—D. MODESTO HERNÁNDEZ VILLAESCUSA
D. JOSÉ DE LIÑAN, CONDE DE DOÑA-MARINA
D. JOAQUÍN LLORENS FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA.—D. JUAN
VAZQUEZ DE MELLA
D. JOSÉ B. MOORE.—D. TIRSO DE OLAZABAL
D. ENRIQUE DE OLEA.—D. ANDRÉS PEYRAT.—D. MANUEL POLO
Y PEYROLÓN.—D. JOSÉ RODRIGUEZ, DIRECTOR DE «EL CENTRO»
D. FRANCISCO DE A. RIEROLA.—D. CESÁREO SANZ, ETC., ETC.

Propietario: D. JOSÉ DE ESPAÑA

Directores literarios:

D. MARIANO FORTUNY Y D. JUAN BAUTISTA FALCÓ

SUMARIO DEL TOMO

Nuestra misión, por D. J. Bautista Falcó.—Católicos, monárquicos y tradicionalistas, por D. Mariano Fortuny.—¡Imposibles!, por D. Luis M.^a de Llauder.—Los partidos políticos, por «Un Ermitaño.»—La Unidad Constitucional y los Fueros, por D. José de Liñan y Eguizabal, Conde de Doña-Marina.—Sección Militar: La táctica, I, por D. José B. Moore.—Un batallón en peligro; episodio histórico, por D. Joaquín Aranda, é ilustrado por R. Fradera.—Ni podemos ni queremos (apólogo), por D. Enrique de Olea.—Cartas de D.^a Margarita de Borbón á la Excmo. Sra. Marquesa de Villadarias.—Crónica carlista del mes de Junio.—Bibliografía.—Estado de nuestra Familia Real.—Galería de personajes carlistas.—A nuestros amigos.

Discursos: El del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo, pronunciado en el Senado el 16 de Abril de 1890 con motivo de los sucesos de Valencia.—El del jefe de la minoría carlista D. Matias Barrio y Mier, pronunciado en el Parlamento el 30 de Abril de 1891.

DOCUMENTOS: Carta-Manifiesto de D. Carlos de Borbón á su hermano D. Alfonso.—Abdicación de D. Juan de Borbón y comunicación de la misma por D. Carlos á los Soberanos de Europa.—Carta de D. Carlos á su primo D. Alfonso sobre la última guerra de Cuba.—Alocución á los pueblos de la Corona de Aragón.—Manifiesto de Morentin.—Alocuciones del 2 de Mayo de 1872.—A las potencias cristianas.—Manifiesto de Deva.—Alocuciones de Pau.—Política de D. Carlos.—Necrología.

GRABADOS: Retratos de D. Carlos de Borbón, del Marqués de Cerralbo y de D. Luis M.^a de Llauder.

Tomo I.—Barcelona Julio, de 1895

R. 8212

R. 1825





DON CARLOS DE BORBÓN



NUESTRA MISIÓN

Lo que era ayer un deseo vehemente, una esperanza consoladora, es hoy, gracias al Señor, una realidad manifiesta, un hecho tangible. LA BIBLIOTECA POPULAR CARLISTA existe.

A Dios hemos encomendado nuestros corazones; al Rey ofrecemos nuestra obra; á los carlistas todos nuestra propaganda.

Inspirados por el patriotismo más noble, venimos á realizar una misión salvadora. Rendir homenaje á los monumentos de nuestra causa, á sus ilustres pensadores, á los genios inmortales que fueron y que dejaron como precioso legado enseñanzas saludables, ejemplos heroicos y regeneradora doctrina, cuyos principios, exposición práctica y lógicos resultados merecen ser estudiados y conocidos á fondo, porque entrañan la salvación de España y el triunfo de la verdadera civilización.

Si, como creemos, la tradición es la ejecutoria de los pueblos, el libro eterno donde las generaciones van escribiendo sus grandezas y sus glorias, la suma de todos los heroísmos, de todas las cualidades, de todos los caracteres, de todos los rasgos de una nación, y la que representa el tesoro de las creencias, el núcleo de los adelantos, el palenque de los triunfos y el

santuario de las desgracias, la BIBLIOTECA POPULAR CARLISTA ha de ser, con el favor de nuestros amigos, el testimonio perenne de las causas generadoras de nuestras glorias tradicionales, la demostración eficaz de la doctrina carlista, el fiel resúmen del desarrollo de nuestro programa por los escritores ilustres y oradores elocuentes; y la eterna protesta contra los principios liberales, que descaminando al pueblo y perturbando su razón y su conciencia, han empobrecido la patria, esclavizado la libertad y entronizado la licencia.

Si ha de preocuparnos la idea de regenerar una nación explotada por todas las pasiones y egoismos, urge propagar el lenguaje de la verdad; rechazar teorías absurdas y heterogéneas y exponer las ortodoxas del carlismo; descubrir el juego criminal de los culpables de nuestra decadencia que turnan y viven del presupuesto merced á su política bastarda, á costa de los sufridos españoles en perpetua lucha con sus *administradores*.

Contra el principio sentado por uno de los más conspicuos y veleidosos revolucionarios de nuestros días, de que «los excesos de la libertad con la libertad se curan,» peregrina afirmación forjada por la ignorancia ó por la pérfida alevosía del maquiavelismo liberal, conviene oponer los de nuestro programa basados en el amor á Dios, amor á la patria y amor á la monarquía de derecho divino; en el amor al progreso y á la libertad, progreso y libertad que sin el Cristianismo desconocerían las naciones que no fueron antes más que lo que son hoy los pueblos racionalistas, adoradores de la materia, esclavos del estéril paganismo.

Nuestro objeto es presentar los móviles de esas agitaciones revolucionarias; de ese sistema de gobierno que ha rebajado nuestro carácter, colocando su impía mano en la religión de nuestros mayores y en el secular trono de España, arrastrando á los partidos á vengar ofensas personales, á sublevar el ejército por intereses particulares, á encumbrar políticos hábiles y aventureros, conceder á la audacia, la intriga, la ambición, la deslealtad, etc., direcciones, gobiernos de provincia, ministerios, entorchados, títulos, y, eso sí, pedir al pueblo dinero, mucho dinero, para imponer silencio

á los hábiles, sostener el fausto de los privilegiados y adormecer en brazos del placer al poder ejecutivo.

A amigos y adversarios dirigimos nuestros esfuerzos, ya que todos son españoles y á todos interesa la salvación de España. Precisa que meditemos el estado actual de cosas y que nos convenzamos de que las flores con que nos brindó el liberalismo y que crecieron al calor de sangre fratricida han dado sus frutos... los más amargos que podíamos esperar, pues aquellas hermosas palabras de *soberanía, derecho, libertad, autonomía*, no han servido más que para representar una comedia, cuyo enredo descubrimos ahora, y aun porque oímos los silbidos de los espectadores cándidamente engañados, que huyen despavoridos, y vemos á los empresarios contar tranquilamente el producto de la función.

Hé aquí por qué razón nos proponemos ofrecer á la consideración de nuestros lectores los principios de la gran comunión católico-monárquica, pues conviene no olvidar que en medio de la disolución, que es el carácter distintivo de la política española contemporánea, cuando todos los partidos aparecen y están profundamente fraccionados, merecen particular atención y concienzudo estudio la fe, la disciplina, el entusiasmo, en una palabra, la vitalidad del partido tradicional!

Expuesta á grandes rasgos la misión que nos alienta, pedimos á Dios nos ilumine para que nuestros trabajos de propaganda sean útiles á la causa del Rey y de la Patria.

J. BAUTISTA FALCÓ.



CATÓLICOS, MONÁRQUICOS Y TRADICIONALISTAS

DECIR que los carlistas somos católicos y que el partido carlista ó sea la Comunión de españoles que militan bajo la bandera de Carlos VII es esencialmente católica, siendo como es la Causa de la Iglesia y la del Pontificado la base esencial y constitutiva de nuestro Credo político, es consignar la afirmación más innegable, ratificada por el común sentir y el testimonio conteste de todos los partidos en que desgraciadamente se halla dividida la Patria. Pero decir hoy ante la Revolución enmascarada y sostener ante el partidillo liberal-católico que monopoliza el poder, que en nuestro Credo, en todas nuestras aspiraciones, en nuestro superior ideal y en la práctica realización de nuestras obras somos los carlistas, de entre los católicos, los más sinceros, los más constantes, los más amantes de la Iglesia y del Papa, los que más sacrificios nos hemos impuesto en defensa de sus derechos y los que informamos y componemos las más grandes y sublimes manifestaciones de la religiosidad española; sostener tesis tan notoria y evidente, sería hoy motivo de fingido escándalo por parte de los que, tal vez arrepentidos de los precedentes de impiedad é irreligión de que goza el Liberalismo, pretenden en su última etapa convertir á la secta condenada en fiel amiga y protectora de la

Iglesia á quien un día despojó y cuya jurisdicción por tantos conceptos ha limitado.

No queremos entrar en comparaciones, ni ofender noveles sentimientos de religiosidad que si son sinceros bien venidos sean, y si la Iglesia los acepta son por nosotros bien aceptados, pues al fin y al cabo hasta los más infieles piden en su última hora los auxilios de la Iglesia y con la Unción suprema pueden merecer sepultura en tierra sagrada. No queremos hacer alardes de una superioridad de creencias que nunca cuadra bien, aun cuando sean hijos del afan y estímulo en pro de tan sagrados intereses, y basta sólo para nuestro objeto consignar que en nuestro Credo, ser carlista significa ante todo y sobre todo ser católico, pero católico-católico y no católico con apodo sectario de ninguna clase; católico de la Iglesia católica, que no admite simultaneidad con los templos de las sectas heréticas ni con los antros de la Masonería; católico de la Unidad católica por lo que respecta á nuestra Patria, tal como la conservaron nuestros antepasados, siendo la base esencial de todas nuestras unidades patrias; católico del Papa, Jefe supremo de la Iglesia, Cabeza visible de la misma, y en tal concepto católico del *Syllabus* y de la *Humanum genus*, como de cuantas sean las disposiciones *ex-cathedra* venidas del Vicario de Jesucristo; católico del Papa y por ende entusiasta defensor de sus prerogativas, de su jurisdicción y de su poder espiritual y temporal, necesarios uno y otro para su libertad y la de la Iglesia; católico, en fin, que declara y reconoce como enemigos á todos los enemigos de la Iglesia y del Papa, así sea de los que abierta y descaradamente los combaten como de los que conscientemente permiten, admiten, consienten ó protegen constituciones exóticas libre-cultistas, templos y manifestaciones de sectas condenadas por la Iglesia, publicaciones impías é infames en contra de la misma, leyes civiles usurpadoras de la jurisdicción eclesiástica, secularizaciones de las instituciones sagradas, ó regalismos y diplomacias de encubierta hipocresía con harapos de falsas y engañosas virtudes.

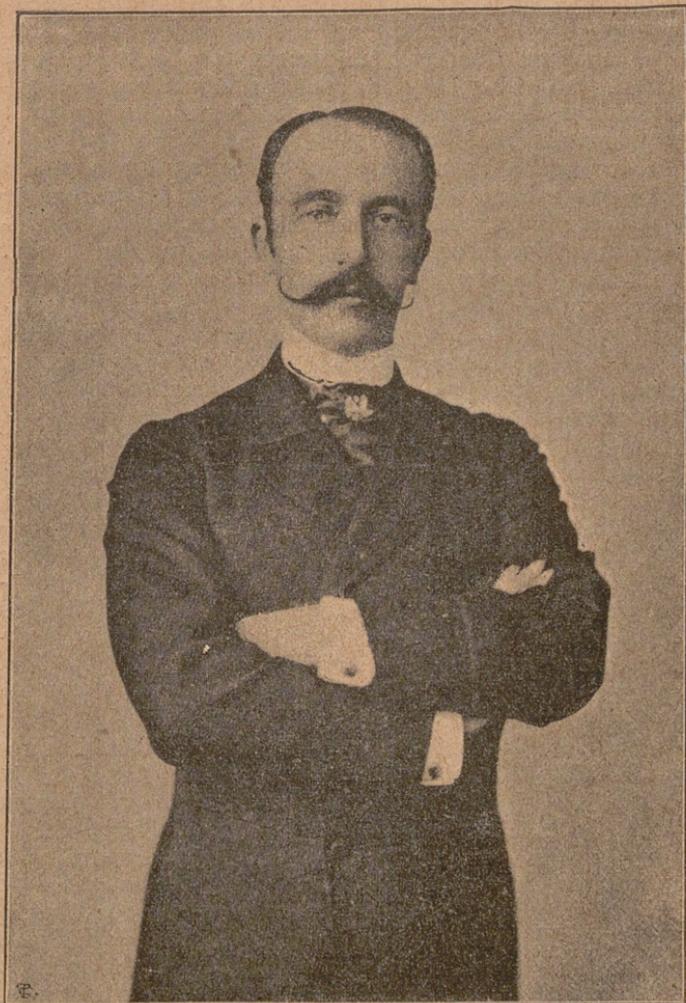
El carlista es católico por el mero hecho de ser carlista, ya que no hay Credo carlista allí donde no hay confesión católica; y siendo preciso para ser católico no

defender ni militar en ningún partido político que no profese la confesión católica, de aquí que el carlista no pueda encontrar en España ninguna otra manifestación política esencialmente católica más que la política de su comunión, de lo cual se honra y engrandece.

Tal doctrina está al alcance y en la conciencia de todos, y por esto ha dicho muy bien nuestro augusto Jefe que si el español puede ser católico sin ser carlista, no puede en cambio ser carlista sin ser católico.

Por esto los carlistas, cuando no hacían abstracción de su esencialidad religiosa al defender su ideal político ante la Revolución dominante, al luchar por la legitimidad dinástica entendieron que defendiendo al Trono defendían al Altar, y muriendo invocaban al Dios de los ejércitos, por el que vertían su sangre contra una Revolución impía, contra un liberalismo esencialmente anticatólico, mejor dicho, anticristiano y enemigo declarado de la Iglesia y del Papa, y aun después que tan inútilmente ha procurado la unión en un solo campo de todos los que oyen misa, como era el proyecto del inmortal Aparisi, abstrayendo ó distinguiendo el fin exclusivamente político del exclusivamente religioso, ha llamado y convocado á todos los católicos de buena fe en la prensa, en las asociaciones seculares de Propaganda y de Caridad, en las romerías, en los Círculos y en los Congresos.

Sí, los carlistas reservando en su corazón la lealtad monárquica y el amor tradicionalista, desde 1868, ó sea desde el desbordamiento revolucionario septembrista, han sido ¿por qué no decirlo? los que han creado, sostenido y fomentado ese movimiento católico secolar tan grande, tan admirable y tan trascendental, que por fin y al cabo de años han venido á remedar y pretendido sojuzgar los mismos liberales de antes, que sin dejar de serlo se han investido con la capa de católicos y ¡ojalá les avasalle lo mismo que avasallar pretendieron! pues entonces la victoria será nuestra el día en que reconozcan y confiesen que todo liberalismo es malo, que todo liberalismo es pecado, que todo liberalismo es contrario á la Iglesia, y que para servir á la causa de ésta es preciso seguir el camino más opuesto al de la Revolución liberal. Los carlistas veremos entonces completa toda la obra, y ante la bandera de Dios, de la



EXCMO. SR. MARQUÉS DE CERRALBO

Patria y del Rey los católicos unidos restauraremos en verdad á nuestra patria y á la Sociedad.

Católicos, pues, los carlistas y católicos con sinceridad y con la lealtad que preside nuestros rectos fines, nuestro primer afán es ser católicos ante el mundo, y á pesar de todas las falsas diatribas revolucionarias presentarnos tales y como tales obrar y templan nuestros actos.

Mas los carlistas somos monárquicos, y tampoco aquí cabe dudar de que somos los más monárquicos de los monárquicos, y no monárquicos cesaristas que queramos un rey con un poder sin límites ni cortapisas, no monárquicos aduladores y serviles como los que han creado el dios *institución*, no monárquicos ridículos del rey que reina y no gobierna, del rey estampilla, del rey que necesita una ley especial para casarse; no partidarios del rey que sea la menor cantidad de rey posible; no, en fin, secuaces de aquella especie de reyes que hasta el alto beneficio de la Real Gracia tienen estancado en manos de tiranuelos de segunda fila; no queremos reyes irresponsables, con lo cual nos guardamos bien de aludir á rey alguno de los pocos católicos y virtuosísimos que reinan en Europa, no; admiramos sus buenas prendas personales, y en su triste situación les compadecemos y respetamos. Mas los carlistas queremos reyes de verdad, como un Fernando el Santo y una Isabel la Católica, como un Carlos V venciendo en Pavia, ó como un Felipe II dando leyes á dos mundos, y todo ello no en bien y mayor gloria de su propia Real persona, sino en beneficio de aquella Patria antes grande y dominante, hoy pobre y abatida en manos de mayordomos como en la última época de la dinastía merovingia, y llena y hueca de títulos y dominios imaginarios, como en aquel último período del imperio de Occidente, en que era sólo de nombre el poder de los Orestes y de los Augústulos.

La Monarquía tal como la concebimos y queremos los carlistas es la Monarquía de verdad, la Monarquía de la tradición, la Monarquía de rey que reina y porque reina gobierna, ya que no entendemos otra manera efectiva de reinar que gobernando y gobernar con leyes absolutas, legalmente promulgadas; leyes de las que el Rey debe ser el más fiel guardador; y conste

que al decir leyes absolutas entendemos que el país las necesita y que la época las requiere de carácter único general en concepto de estables y absolutas, y en particular la que como Código político aune los diversos elementos de la nación. A esa clase de leyes, cuya necesidad ha sentido la Revolución dominante; se las ha llamado Constituciones, y mientras la Revolución extranjera en nuestra Patria ha ido afanosa á copiar las de los países extranjeros, buscando inútilmente una fórmula adaptable con su arbitrario individualismo, nosotros los carlistas hemos consignado en nuestro Programa aquellas hermosas palabras de nuestro augusto Jefe D. Carlos de Borbón, cuando en su cartamanifiesto de 1869 dijo: «Yo daré á España una Ley fundamental que sea á la vez definitiva y española.»

Así queremos los carlistas la Monarquía, así somos monárquicos y así vivimos en la esperanza de la futura verdadera Restauración; con Rey que reine y gobierne; con Rey que tenga secretarios que ejecuten, no ministros que le dominen; con Rey que jure y cumpla nuestras leyes tradicionales; con Rey que con el pueblo en Cortes legisle en español y para españoles; con Rey que no acepte sufragios universales ni gracia de la Constitución, bastándole para reinar la Gracia de Dios y su legítimo derecho, hijo del voto de cien generaciones; con Rey que en sus Cortes no admita parlamentos ni banderías, derechas ni izquierdas, partidos turnantes ni partidos legales ó ilegales, sino que circunscriba á los representantes de los intereses sociales á las disposiciones concretas de la legislación civil y administrativa, y así entendemos que la Monarquía es fuerte, estable, respetada de propios y temida de extraños, cerrando la puerta á las ambiciones bastardas de las jerarquías creadas por la Revolución, en virtud de las que el absolutismo del cacique de aldea es el primer grado del escalafón para llegar á ascender al Ministerio, y una vez allí constituirse en tirano dominador, déspota y árbitro de los destinos públicos.

Vejados y enservilidos, los españoles y en particular los carlistas abominamos del absolutismo y queremos la verdadera libertad; odiamos la tiranía múltiple de reyezuelos con distintos nombres que en las diversas formas liberales nos han empequeñecido, y anhela-

mos la libertad política y civil de nuestras gloriosas tradiciones.

Si; somos tradicionalistas porque aspiramos á la libertad santa de nuestra historia tradicional; queremos la libertad de la Iglesia y con ella nuestra libertad de conciencia para exponer en público y en privado los actos de nuestro culto y religión, sin particulares que nos insulten, sin autoridades civiles que nos casen y nos entierren, sin publicaciones que nos ofendan, sin centros de enseñanza impía que corrompan á nuestros hijos, sin división de creencias que nos separen, sin luchas fratricidas que nos obliguen á vivir con recelo y enemistad con nuestros conciudadanos. Queremos la tradición monárquica para que el Rey de España sea la garantía más segura y eficaz de nuestros derechos individuales y colectivos, el Poder ejecutivo para el cumplimiento de nuestras leyes, y con ellos de nuestros fueros y libertades civiles; queremos la tradición legislativa civil de nuestras regiones diversas dentro de la unidad comun, dejando á la paulatina acción del tiempo la uniformidad de todas ellas, no para estancarse en un quietismo perenne, sino para progresar con el transcurso de los tiempos y con la bondad de las instituciones, introducidas más bien en forma de consuetudes que por disposiciones siempre arbitrarias del poder, y por esto abominamos de los Códigos civiles del liberalismo, exóticos remedos de leyes extranjeras y arbitrarias imposiciones de tiránicos ministros.

Con las tradiciones religiosa, civil y política anhelamos también, y forma parte de nuestro Programa, la tradición administrativa, la económica y aún la que podemos llamar social. Por la primera adquiere forma y vida con nuestros fueros la descentralización. Lazo duro y opresor que conduce á la capitalidad las fuerzas y elementos de las provincias, nunca en bien de unas ni de otras sino en provecho del absolutismo ministerial, es la Centralización creada por el Liberalismo; ella es el eje de todo el movimiento artificial del poder bastardo que ha llegado á imponerse en virtud del éxito de la conspiración; y una vez dispone de él la tracción dominante, se hace justo lo injusto y depravado y faccioso lo que por algun concepto se le opone. El sistema centralizador es absorbente por su esencia, y

en virtud de él puede un ministro de instrucción la más limitada dominar é imponer su voluntad al último extremo de la Península. Jamás pudo tanto el más absoluto que haya habido de los pasados reyes.

Mas forma parte de nuestro Programa la descentralización. Nuestro Jefe ha ofrecido solemnemente el restablecimiento de nuestros fueros, y por esto en su carta manifiesto exalta el regionalismo de las provincias vascongadas al indicar que, lejos del camino que sigue la Revolución en el derrocamiento de los fueros, quisiera y desea que el resto de España se asemeje á aquellas nobles provincias.

Dejando aparte que nuestra tradición administrativa no conviene con las listas civiles, cesantías de ministerios y gobiernos de provincia que resuelven cuestiones legales sin competencia ni conocimientos jurídicos, hemos de advertir cuanto nos halaga la tradición económica de gobiernos menos caros que los liberales, de impuestos menos gravosos y más justos, de protección al trabajo nacional en la forma de progresar protegiendo que establece Don Carlos en su manifiesto, y de economías de verdad en virtud de las cuales ha escrito el mismo Don Carlos en su manifiesto: «Si el país es pobre, vivan pobremente el Rey y sus ministros;» y así entendiendo que el Rey no ha de ser el primer capitalista de la nación, sino el primer ciudadano, es nuestro ideal que en ambos presupuestos sean menos los ingresos, pero tambien mucho más inferiores los gastos de la nación.

La tradición social nos lleva á los antiguos gremios que la Revolución abolió por espíritu sectario de odio á su fundamento religioso, sintiéndose hoy más que nunca su irreparable falta. La idea de exaltar felizmente los múltiples derechos del individuo ha perdido los sagrados intereses de la clase, y de aquí que la dignificación de las profesiones que rechazaban la intrusión de capitales extraños se halla hoy absorbida por los acopios de empresas capitalistas, ante las cuales se anula el individuo con todos sus derechos irrisorios y nada puede la clase desheredada, que pasa á formar parte de una masa compacta, informe y explotada que se llama la clase obrera. ¡Ah si esta masa obrera algun día revivía haciendo de las respectivas profesiones la

dignificación que hoy sólo tienen las carreras literarias por un inconsecuente privilegio, no acontecería ese absolutismo absorbedor del capital, en virtud del que un holgazán é ignorante con dinero domina y juzga á millares de honrados padres de familia que ganan el pan con el sudor de su rostro, ó se mueren de hambre por no encontrar medio donde emplear sus fuerzas y conocimientos.

Los carlistas simpatizamos tanto con el obrero como que en clase tan explotada por los políticos liberales contamos las grandes masas de nuestros ejércitos. A ellos como á nosotros debe beneficiar la Restauración anhelada, y á ellos nos dirigimos con especial delectación.

Sí: los obreros, hijos honrados del trabajo, fundamento y base del bienestar social; ellos que constituyen elemento productor de nuestro bienestar terreno; ellos, pasado el hervor revolucionario, pasada la excitación producida por las malas predicaciones y obras del Liberalismo, ellos nos darán la mano para abrazar juntos el árbol de nuestras tradiciones: ellos, que han sabido verter en defensa de nuestros principios generosamente su sangre, recibirán con nosotros los laureles del triunfo. Así sea y cuanto antes.

MARIANO FORTUNY.



IMPOSIBLES I



En estos tiempos de materialismo, en que los principios que más gustan son los que se sirven entre la sopa y los postres, y en que la aspiración predominante es la de tener seguro un buen bistek el que ha de contentarse con el cocido, y un pollo asado el que cuenta ya con el pedazo de vaca ó las chuletas, se usa contra nosotros un argumento de fuerza decisiva para dejarnos aislados, llamándonos ilusos.

«¡Que los carlistas no pueden triunfar!»

«¡Que sostienen ideas que pasaron para no volver!»

¡Si supieran ó sospecharan que puede llegar más ó menos pronto el día en que nuestros principios han de predominar otra vez, ¡ah! entonces todas esas masas de hambrientos y de ambiciosos y de especuladores que hasta ahora han explotado más ó menos el campo liberal, vendrían al nuestro como torbellino de polvo impelido por el huracán!

¡De suerte que, no consiste el problema en si nuestros principios son buenos ó malos, y en si somos los únicos que podemos volver á sentar á nuestra Patria sobre los cimientos sólidos que nos ha transmitido la tradición, como base exclusiva en que descansan la verdad y la justicia, la moral y la virtud en todos tiempos y edades, sino en si hay probabilidad ó nó de que el poder venga á nuestras manos para favorecer á amigos y parientes, para repartir en familia, cual lo hacen los liberales, la substancia de España, siguiendo la ex-

plotación de la Patria sin cuidar para nada de su bienestar y de sus necesidades!

Es evidente que sólo el sentimiento materialista, que ha llegado á penetrar todas las esferas sociales, es quien aleja de nosotros á todos esos que se encuentran regularmente dentro del órden de cosas actual; sin perjuicio de ser los primeros en meterse en nuestra casa, y bullir y mangonear en ella, como si fueran de los antiguos y probados, en cuanto vieran que su casa se les viene encima y las aguas de la opinión empiezan á dirigirse á borbotones hácia nosotros.

No hemos menester ser profetas para anunciar esto; basta con tener alguna edad y memoria de lo que ocurrió en los años anteriores á la última guerra civil y al principiar esta.

La habitación que ocupaba D. Carlos en Paris en 1869 vió desfilar por sus salones á media España; los reconocimientos y ofertas eran innumerables; los casinos se poblaban y los periódicos se multiplicaban rápidamente. Era que en aquel estado de interinidad, y en aquel reflorecimiento de las ideas carlistas, ante los desmanes de la revolución y la imposibilidad de constituir de una manera estable y satisfactoria á la nación, no se veía otra solución séria, ni otros principios salvadores que los carlistas; y cuantos olfatearon la posibilidad de triunfar con leve esfuerzo y asegurarse una posición con sólo ponerse la boina y gritar algunos vivas, se vinieron á nosotros y se nos pusieron delante haciendo puja de entusiasmo carlista.

Entonces, lejos de decir que éramos imposibles, como lo dicen hoy muchos sin creerlo, se nos consideraba como los probables y aún como los más ineludibles. ¿Y por qué no hemos de volver á ser uno y otro?

¿No está hoy desacreditada por completo la democracia, con sus principios y sus manifestaciones, cuando entonces estaba en el apogeo de su belleza, entusiasmando á muchos y llenando de promesas halagüeñas á aquella generación?

¿No está mucho más empobrecido el tesoro público, recargada la deuda, aumentadas las contribuciones, apurados los últimos recursos?

¿No está aún más arruinada que entonces la nación, secas las fuentes de producción nacional, paralizados